

XVII

L que los dioses aman, muere joven,» decían los antiguos. Los cristianos, por el contrario, consideramos como bendición del cielo una vida larga. ¡Pero cuántas penas y amarguras trae consigo esta bendición! No es la menor la de ir viendo desaparecer uno á uno todos los seres queridos, é irse quedado solo y aislado en el mundo, teniendo que exclamar á cada paso, como cuando empezaron los desastres de Napoleón: se va la antigua guardia.

Tal acaeció á Roa Bárcena en su largo camino de más de ochenta años. Leemos en sus poesías, que acabamos de recorrer, los flébiles versos á la memoria de su primera esposa, de sus padres, de su hermano. Le tocó ver morir á la segunda, y dar el último adiós á muchos de sus íntimos amigos, mayores y menores que él mismo. ¡Qué mucho que el des-

aliento fuera creciendo con los años, y que en sus últimos días nada encontrara bueno en este mundo, ya se tratase de las maravillas del progreso moderno, ya de la literatura ó la ciencia, ya de la marcha moral de la sociedad, ó de los principios que gobiernan las naciones!

Hubo, entre todos, un acontecimiento que lo abatió por completo. El 4 de Febrero de 1906 falleció la viuda de Teresa, Susana Pesado. Fué un golpe para la sociedad de Méjico, de que era joya preciosa, para los pobres que socorría con mano tan generosa como oculta; para sus deudos que la adoraban. Pero para mí, que la veneraba como hermana mayor, para Roa, sobre todo, de quien había sido patrona y protectora, y tabla de salvación en su naufragio, resultó su muerte una pérdida irreparable. Perdía no sólo á la amiga de toda su vida, á la hija de su maestro, el poeta Pesado; sino también la sociedad de literatos y de amigos que en el despacho de la casa de la Viuda de José de Teresa é Hijas, hallaban siempre á Roa, y formaban con él constante academia. A la Mejicana dejaban de asistir sin escrúpulo ni sentimiento; pero al despacho de Roa Bárcena, jamás. Con la muerte de la Señora se cerraron casa y despacho, y se disolvió el grupo académico, pues ya no era seguro encontrarlo, lejos de aquel centro de todos tan co-

Desde entonces se empezó á notar más y más su

desánimo y declinación; aunque sacando fuerzas de flaqueza hacía gala todavía de caminar solo y sin guía ni compañero por la Capital y sus alrededores. El sábado 1.º de Agosto de 1908, estando yo próximo á partir para el Congreso Eucarístico de Londres, me visitó en mi alojamiento en Méjico, y como de costumbre, recordamos tiempos pasados, censuramos los presentes, y hablamos de bellas letras y de sus cultores. Fué la última vez que lo ví. Menos de dos meses después, expiraba mi buen amigo en el Señor, cristianamente como había vivido, sin haber jamás desmentido con los hechos lo que había proclamado en verso y en prosa. No es á mí á quien toca describir su elegante persona, gallarda en la juventud, atildada aun en la vejez. En cuanto á su alma, él mismo la deja ver en sus obras, tanto en prosa como en verso; y yo he procurado poner de relieve las composiciones que con mayor ventaja la transparentan. Al retratarlo como literato, he procurado que mi cuadro no sea un mero bosquejo delineado con lápiz incoloro, sino una figura que resalte mejor con las ligeras sombras que no he debido suprimir.

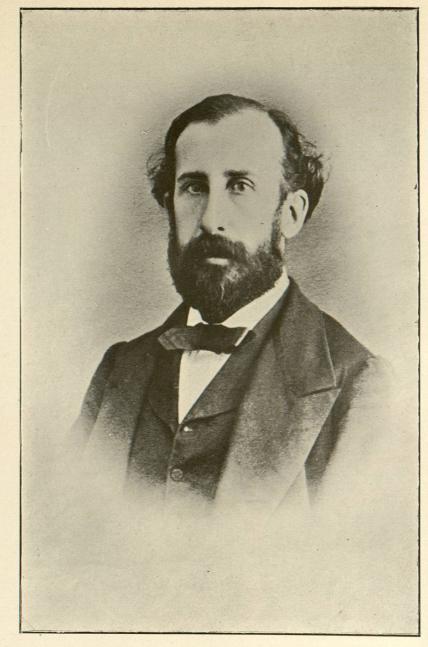
Dejó al morir cuatro hijas: D.ª María de la Paz, casada con Don Antonio de Vértiz y Fagoaga, D.ª Josefa y D.ª Concepción, de su primer matrimonio, y D.ª Carmen, casada con Don Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, del segundo.

A ellas dedico y entrego este trabajo, en honor

del egregio varón, del dulce poeta y del esforzado campeón de Dios y de su Iglesia, á quien ellas y yo profesamos tan profundo cariño, y cuya memoria vive igualmente en nuestros corazones.

San Luis Potosi, Abril de 1911.

Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis Potosí.



Sell. Roa Beircena

(A LOS 30 AÑOS)

LIBRO PRIMERO

LEYENDAS